

Eso es lo que hace al caso, lo demas es vanidad, pues ni quita ni pone. Esto es lo que dice aquel Santo (1): «¿Qué mejoría tiene el hombre por que otro le alabe? Cuan- to cada uno es en los ojos de Dios, tanto es y no mas, como dice el humilde San Fran- cisco,» ó por mejor decir, el Apóstol S. Pa- blo: «No es bueno el que se alaba á sí, sino aquel á quien alaba Dios (2).»

Trae San Agustin una buena compara- cion á este propósito: «La soberbia y esti- macion del mundo no es grandeza, sino viento é hinchazon; y asi como cuando una cosa está hinchada, parece grande y no lo es; asi los soberbios, que son tenidos y esti- mados de los hombres, parecen grandes, pero no lo son; porque no es grandeza aquella, sino hinchazon (3).» Hay unos convalecientes ó enfermizos que parece que están gordos y buenos, y no es aquella buena gordura, sino falsa; es enfermedad é hinchazon. Asi, dice San Agustin, es el aplauso y estima del mundo; puédeos hin- char, pero no os puede hacer grande. Pues si es asi, como lo es, que la opinion y es- tima de los hombres no es grandeza, sino hinchazon y enfermedad, ¿para qué anda- mos como camaleones abiertas las bocas, papando viento, para con eso quedar hin- chados y enfermos? Mejor le es á uno estar sano, aunque parezca enfermo, que estar enfermo y parecer sano. Asi tambien me- jor es ser bueno, aunque sea tenido por ruin, que ser ruin y ser tenido por bueno. Porque ¿qué os aprovechará ser tenido por virtuoso y espiritual, si no lo sois? Sobre aquellas palabras: «Alábenle en las puer-

me in oculis Dei conscientia non acuset. *August. lib. unico contra Secund. Manich. cap. 1.*

- (1) Thomas de Kempis.
- (2) Non enim qui se ipsum commendat, ille pro- batus est, sed quem Deus commendat. *II. ad Cor. X, 18.*
- (3) Est enim superbia, non magnitudo, sed tu- mor; quod autem tumet, videtur magnum, sed non est sanum. *Aug. serm. 10 de Tempore.*

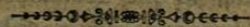
tas sus obras (1),» dice San Gerónimo: «No los vanos loores de los hombres, sino vuestras buenas obras, os han de alabar y valer, cuando parezcáis en juicio delante de Dios.»

Cuenta San Gregorio (2) que en un monasterio de Iconia habia un monge, del cual tenian todos mucha opinion de Santo, especialmente de muy abstinente y penitente; llegándose la hora de su muerte, llamó á todos los monges: ellos fueron muy alegres, pensando oír de él alguna cosa de edificacion, pero él temblando y muy an- gustiado, fué compelido interiormente á decirles su estado; y asi les declaró cómo estaba condenado por haber sido toda su vida hipocresía; porque, cuando ellos pen- saban que ayunaba y hacia mucha absti- nencia, comia secretamente sin que nadie lo viese; y por eso, dice, soy ahora entre- gado á un terrible dragon, el cual con su cola me tiene trabados y atados mis pies, y ya entra su cabeza en mi boca para sa- car y llevar mi ánima consigo para siem- pre. Y diciendo esto espiró con grande es- panto de todos. ¿Qué le aprovechó á este miserable el haber sido tenido por Santo?

San Atanasio (3) compara á los soberbios que buscan honras á los niños que andan cazando mariposas. Otros los comparan á las arañas, que se desentrañan tegiendo sus te- las para cazar moscas, conforme á aquello de Isaías: «Tejieron telas de arañas (4);» asi el soberbio se desentraña y echa los higa- dos, como dicen, para alcanzar un poco de loor humano. Del P. San Francisco Javier leemos en su Vida (5) que tenia y mostraba siempre particular ódio y aborrecimiento á

- (1) Et laudent eum in portis opera ejus. *Prov. XXXI, 31.*
- (2) Greg. lib. 4 *Dialog. cap. 38.*
- (3) Athanas. *lib. de Similit. c. 27.*
- (4) Telas araneae texuerunt. *Isai. c. LIX, 5.*
- (5) Lib. 6, c. 8 de la *Vida del P. San Francisco Javier.*

esta opinion y estima del mundo; porque decia que era causa de grandes males, é impedia muchos bienes. Y asi le oian decir algunas veces con grande afecto y gemi- dos: «¡Oh opinion! ¡Oh opinion y estima de los hombres, cuántos males has hecho, haces y harás!»



CAPITULO XX.

De otras razones humanas que nos ayudarán para ser humildes.

San Crisóstomo, sobre aquellas pala- bras de San Pablo: «No saber mas que lo que importa saber; mas saber con sobriedad (1);» va probando muy de propó- sito (2), que el soberbio y arrogante, no solo es malo y pecador, sino loco. Y trae para esto aquello de Isaías: «El loco dirá locuras (3),» y por las locuras que dice, entendereis que es loco. Pues mirad las locuras que dice el soberbio y arrogante, y vereis como es loco. ¿Qué es lo que dijo el primer soberbio, que fué Lucifer? «Su- biré al cielo, y pondré y ensalzaré mi asiento sobre las nubes, y allá encima de las estrellas y seré semejante al Altísi- mo (4).» ¿Qué cosa mas loca y desatinada? Y en el capítulo décimo pone unas pala- bras muy arrogantes y locas de Asur, rey de los Asirios, con que se gloriaba que con su mano poderosa habia vencido y su- jetado á todos los reyes de la tierra. «Co- mo quien toma de un nido los pajaricos pequeños, que crian las aves, y como quien va á coger los huevos que han deja- do, asi, dice, tomé yo toda la tierra con

- (1) Non plus sapere, quam oportet sapere, sed sapere ad sobrietatem. *Ad Rom. XII, 3.*
- (2) Chrisost. *hom. 20, sup. Epist. ad Rom.*
- (3) Stultus enim fatualoquetur. *Isaiae XXXII, 6.*
- (4) In coelum conscendam, super astra Dei exalta- bo solium meum, sedebo in monte testamenti, in la- teribus Aquilonis, ascendam super altitudinem nu- bium, similis ero Altissimo. *Isaiae XIV, 13.*

esa misma facilidad, que no hubo quien se meñease, ni osase abrir la boca ni chistar (1).» ¿Qué mayor locura? dice San Crisóstomo. Y trae allí otras muchas pa- labras de soberbios, en las cuales mues- tran bien su locura; de tal manera, que si oís sus palabras, no podreis conocer si son palabras de hombre soberbio ó de alguno que está verdaderamente loco, segun son de locas y desatinadas. Y asi vemos acá que, como los locos nos mueven á risa con las locuras que dicen y hacen, asi tambien los soberbios dan materia de risa y con- versacion con las palabras que dicen arro- gantes y que redundan en su loor, y con los meneos y autoridad con que andan, y con el caso que quieren se haga de ellos y de sus cosas, y con la estima en que ellos las tienen. Y añade San Crisóstomo (2) que es peor locura la del soberbio y digna de mayor vituperio é ignominia que la natu- ral, porque esta no trae consigo culpa ni pecado alguno, y aquella sí. De donde se sigue otra diferencia entre estas dos locu- ras, que los locos naturales causan compa- sion y mueven á que todos se duelan y compadezcan de su trabajo; pero la locura de los soberbios no mueve á compasion, ni á misericordia, sino á risa y escarnio.

De manera, que los soberbios son locos, y asi tratamos con ellos como con tales. Porque asi como condescendeis con lo que dice el loco, para tener paz con él, aunque ello no sea asi, ni vos lo sintais asi, y no lo quereis contradecir porque está loco; de esa manera hacemos con los soberbios. Y reina tanto el dia de hoy este humor y lo- cura en el mundo, que apenas se puede ya

- (1) Et invenit quasi nidum manus mea fortitu- dinem populorum; et sicut colliguntur ova, quae derelicta sunt, sic universam terram ego congrega- vi, et non fuit, qui moveret pennam, et aperiret os, et ganniret. *Isaiae X, 14.*
- (2) Chrysost. *hom. 39 ad populum Antiochenum, tom. 8.*

hablar con los hombres sin lisongearlos y decir de ellos lo que verdaderamente no es así, ni vos lo sentís así, porque gusta tanto el otro de entender que contentan y parecen bien sus cosas, que para contentarle y ganarle la voluntad, no sabeis mejor entrada que alabarle. Y esta es una de las vanidades y locuras que dice el Sábio que vió en el mundo; ser alabados los malos por estar en lugares altos como si fueran buenos (1). ¿Qué mayor vanidad y locura que alabaros los hombres, sin sentirlo ellos así? Y muchas veces os alaban de lo que hicistes mal, y de lo que á ellos les pareció mal; y el donaire es, que á los otros ya les han dicho la verdad de lo que sienten, sino que con vos, á trueque de contentaros, unas veces no se les da nada de mentir, y otras buscan rodeos para sin mentira poder alabar y decir bien de lo que les pareció mal. Es que os tratan como á loco, condescendiendo con vos. Entiende el otro que vos teneis ese humor, y que os holgais de ser tratado de esta manera, y que el mejor bocado de la comida, despues que habeis predicado, ó hecho otra cosa semejante, es deciros que salió muy bien y que quedaron todos muy contentos; y por eso os trata así, para teneros contento y ganaros la voluntad, que por ventura os ha menester. Y de lo que sirve esto, es de hacer os mas loco: porque os alaban de lo que digistes, ó hicistes mal, y quedais mas confirmado para hacerlo otra vez. No se atreven los hombres el dia de hoy á decir lo que sienten, porque saben que las verdades amargan: *veritas odium parit*; y saben que así como el que está loco y frenético, resiste á las medicinas y escupe al médico que le quiere curar, así el soberbio resiste al

(1) Vidi impios sepultos, qui etiam cum adhuc viverent, in loco sancto erant, et laudabantur in civitate quasi justorum operum, sed et hoc vanitas est. *Eccles. VIII, 10.*

aviso y á la correccion. Y por eso no quieren los hombres decir al otro lo que saben, que no le ha de hacer buen estómago, porque nadie quiere buscar ruido por sus dineros; antes le dan á entender que les parece bien lo que les parece mal, y el otro está tan pagado de sí que lo cree. De donde se verá tambien lo que deciamos en el capítulo pasado, cuán grande vanidad y locura sea hacer caso de las alabanzas de los hombres, pues sabemos que el dia de hoy todo es cumplimiento, engaño, lisonja y mentira: que aun ellos interpretan así el nombre *cumplimiento*, «cumpló y miento, miento para cumplir.»

Mas: los soberbios, dice San Crisóstomo, son aborrecidos de todos. De Dios primeramente, como dice el Sábio: “Todo hombre arrogante y soberbio, es abominacion delante de Dios (1).” Y de siete cosas que aborrece Dios, la primera pone la soberbia (2). Y no solo de Dios, sino tambien el bien de los hombres son aborrecidos (3). Así como los que tienen los hígados y entrañas dañadas echan un olor muy malo de sí, que no hay quien lo sufra, así son los soberbios (4). El mismo mundo les da aqui pago de su soberbia, castigándoles en lo mismo que ellos pretendian, porque todo les sale muy al revés: ellos pretenden ser tenidos y estimados de todos, y vienen á ser tenidos por locos. Ellos pretenden ser queridos de todos, y vienen á ser al revés: de todo el mundo es aborrecido el soberbio; de los mayores, porque se les quiere igualar; de los iguales, porque los quiere sobrepujar; de los menores, porque quiere mas de lo que es razon. Aun los criados di-

(1) Abominatio Domini est omnis arrogans. *Prov. XVI, 5.*  
 (2) Oculos sublimes. — *Prov. VI, 17.*  
 (3) Odibilis coram Deo est et hominibus superbia. *Eccles. X, 17.*  
 (4) Sicut eructant praecordia sagittentium, sic et cor superborum. *Eccles. XI, 32.*

cen mal de su amo, cuando es soberbio, y no le pueden sufrir. “Donde estuviere la soberbia, allí estará el desprecio (1).” Por el contrario, el humilde es tenido y estimado, querido y amado de todos. Así como los niños, por su bondad, inocencia y simplicidad son muy amables: así, dice el glorioso San Gregorio (2), lo son los humildes; porque aquella simplicidad y llaneza en las palabras y en la manera de tratar sin fingimiento y doblez, roba el corazón. Es piedra imán la humildad, que atrae á sí los corazones: todos parece que querrian meter en las entrañas al humilde.

Para que nos acabemos de persuadir que es locura el andar deseando y procurando la estima y opinion de los hombres, hace San Bernardo (3) un dilema muy bueno y que concluye. O fué locura, dice, la del Hijo de Dios en abatirse y apocarse tanto y escoger menosprecios y deshonras, ó es gran locura la nuestra en desear tanto la honra y estimacion de los hombres: no fué locura la del Hijo de Dios, ni lo pudo ser, aunque al mundo le pareció tal, como dice San Pablo: “A los ciegos y soberbios gentiles paréceles locura la de Cristo; pero á nosotros, que tenemos luz de fé, parécenos suma sabiduría y amor infinito (4).” Pues si aquella fué suma sabiduría, luego la nuestra es locura, y nosotros somos los locos en hacer tanto caso de la opinion y estima de los hombres y de la honra del mundo.

(1) Ubi fuerit superbia, ibi erit et contumelia. *Prov. XI, 2.*  
 (2) Greg. *lib. 7 Moral. c. 23.*  
 (3) Bernard. *serm. 3 de Nativit.*  
 (4) Nos autem praedicamus Christum crucifixum; judaeis quidem scandalum, gentibus autem stultitiam: ipsis autem vocatis judaeis, atque Graecis Christum Dei virtutem, et Dei sapientiam. *I. ad Cor. I, 23.*



Que el camino cierto para ser uno tenido y estimado de los hombres es darse á la virtud y humildad.

Si con todo lo que hemos dicho no acabais de dejar los humos y perdeis los bríos y deseos de honra y estimacion, sino que decis que al fin es gran cosa tener buen crédito y opinion cerca de los hombres, y que importa eso mucho para la edificacion y para otras cosas, y que el Sábio nos aconseja que tengamos cuidado de esto; digo que sea en buen hora: yo soy contento que tengais cuidado de conservar el buen nombre que teneis (1), y de que seais tenido y estimado en mucho de los hombres. Pero hágoos saber que de la manera que lo deseais vais muy errado, aun para alcanzar eso mismo que pretendéis; por ahí nunca lo alcanzareis, sino antes lo contrario. El camino seguro y cierto, por el cual sin duda vendreis á ser muy tenido y estimado de los hombres, dice San Crisóstomo (2), es el de la virtud y humildad. Procurad vos ser muy buen religioso y el menor y mas humilde de todos, y de parecerlo en vuestro modo de proceder y en las ocasiones que se ofrecieren, y de esa manera sereis muy tenido y estimado de todos. Esa es la honra del religioso que dejó el mundo, á quien le parece mejor la escoba en la mano, y el vestido pobre, y el oficio bajo y humilde, que al caballero las armas y el caballo; y por el contrario, el desear y buscar ser tenido y estimado de los hombres, es grande afrenta y deshonra suya. Así como seria grande afrenta y deshonra salirse de la Religion y volverse al mundo, y con razon harian los hombres burla de él, “porque comenzó á edificar, y no lo pudo acabar (3),” así lo es desear y

(1) Curam habe de bono nomine. *Eccles. XLI, 18.*  
 (2) Chrysost. *hom. 39, ad Popul.*  
 (3) Quia hic homo cepit aedificare, et non potuit consummare. *Luc. XIV, 30.*

pretender ser tenido y estimado de los hombres; porque eso es volverse al mundo con el corazon, porque eso es lo mas fino del mundo, y lo que vos dejasteis y huisteis cuando os acogisteis á la Religion.

¿Quereis ver claramente cuán vergonzosa y afrentosa cosa es el desear ser tenido y estimado de los hombres, en quien protesta tratar de perfeccion? Salga á luz ese deseo, de manera que echen de ver los otros que lo deseais, y vereis cuán afrentado y corrido quedareis vos mismo de que eso se entienda. Tenemos un ejemplo muy bueno de esto en el Sagrado Evangelio. Cuentan los Evangelistas (1) que iban una vez los Apóstoles con Cristo nuestro Redentor algo apartados de él, que les parecia á ellos que no les oiria, é iban disputando y contendiendo entre sí quién de ellos era el mayor y mas principal; y llegados á casa en Cafarnaun, preguntóles; ¿qué era aquello que veníades tratando por el camino? Dice el Sagrado Evangelio que se hallaron los pobres tan corridos y avergonzados de ver descubierta su pretension y ambicion, que no tuvieron boca para responder (2). Entonces toma la mano el Salvador del mundo, y diceles: "Mirad, Discipulos míos, allá entre los del mundo y los que siguen sus leyes, los que gobiernan y mandan son tenidos por grandes; empero en mi escuela es al revés: el mayor ha de ser el menor, y el que ha de servir á todos (3)." En la Casa de Dios y en la Religion, el humillarse y abatirse es ser grande. El hacerse uno el menor de todos le hace ser tenido y estimado en mas que todos. Esta es la honra acá en la Reli-

(1) Luc. XXII, 24.—Marc. IX, 32.

(2) At illi tacebant, si quidem in via inter se disputaverant, quis eorum major esset. *Ib.*

(3) Vos autem non sic; sed qui major est in vobis, fiat sicut minor, et qui praecesor est, sicut ministrator.—Si quis vult primus esse, erit omnium novissimus, et omnium minister. *Ib.*

gion: que esotra que vos pretendéis no es honra, sino deshonor; y en lugar de alcanzar ser tenido y estimado, venis por ahí á ser desestimado y tenido en menos que todos, porque quedais en reputacion de soberbio, que es la mayor baja que podeis dar. En ninguna cosa perdereis tanto, como en que se entienda que deseais y pretendéis ser tenido y estimado de los hombres, y que andais mirando en puntillos, y que os sentis de cosillas de estas.

Y asi dice muy bien San Juan Climaco (1), que la vanagloria muchas veces fué causa de ignominia á los suyos: porque los hizo caer en cosas, con que descubriendo su vanidad y ambicion, vinieron en gran vituperio y confusion. No mira el soberbio que en las cosas que dice y hace para que le estimen, descubre su apetito desordenado de soberbia, y asi de donde pretendia sacar estimacion, saca vituperio y confusion. Añade San Buenaventura (2), que la soberbia ciega de tal manera el entendimiento, que muchas veces, mientras mas soberbia hay, menos se conoce; y asi como ciego hace y dice el soberbio tales cosas que, si cayera en la cuenta, aunque no fuera por Dios, ni por la virtud, sino solamente por esa misma honra y estimacion que desea, no las dijera, ni hiciera en ninguna manera. Cuántas veces acontece que se siente y se queja uno, porque no hicieron caso de él en tal ocasion, ó porque prefirieron á otro en tal cosa, pareciéndole que se le debia aquello á él, y que le hacian agravio en ello, y que redundará en deshonor y desestima y nota suya, y que los otros lo echarán de ver y repararán en ello, y con este título y color dá á entender su sentimien-

(1) Climac. cap. de vanagloria.

(2) Bonav. lib. 1 de Profectu Religiosorum, cap. 9.

to y pretension; con lo cual queda en realidad de verdad mas notado y desestimado, porque queda tenido por soberbio y por hombre que mira en puntos de honra, que acá en la Religion es cosa muy aborrecible; y si disimulára en aquella ocasion, y se descuidára de sí, y que hicieran los superiores lo que quisieran, ganára mucha honra y fuera muy estimado por ello.

De manera, que aunque no fuese por via de espíritu, sino en ley de prudencia y buen juicio, y aun en ley de mundo, el camino verdadero y cierto para ser uno tenido y estimado, querido y amado de los hombres, es darse uno muy de veras á la virtud y á la humildad. Aun allá se dice de Agesilao, rey de los Lacedemonios, y grande sábio entre ellos, que preguntado de Sócrates cómo haria que todos tuviesen estima y buen concepto de él, respondió: «Si procuras ser tal, cual deseas parecer (1).» Y otra vez, siendo preguntado de lo mismo, respondió: «Si hablases siempre bien y obrares mejor (2).» Y de otro filósofo (Pindaro) se cuenta que tenia un grande amigo que en cualquiera ocasion decia grandes bienes de él; y diciéndole un dia: «mucho me debes, pues donde quiera que me hallo, te alabo mucho y encarezco tus virtudes;» respondió el filósofo: «bien te lo pago, en vivir de manera que no mientas en ninguna cosa de las que dijeres.»

No queremos por esto decir que nos habemos de dar á la virtud y humildad por ser tenidos y estimados de los hombres, que eso seria soberbia y perversion grande; lo que decimos es que, si procurais ser humilde de veras y de corazon, sereis tenido y estimado en mucho, aunque vos no querais: antes mientras mas huyéredes la

(1) Si talis esse studeas, qualis habere vis.

(2) Si loquaris, quae sunt optima, et facias, quae sunt honestissima.

honra y estimacion y deseáredes ser tenido en menos, os irá ella siguiendo mas, porque es como la sombra. Tratando San Gerónimo de Santa Paula dice: «Huyendo de la gloria y estimacion, era mas honrada y estimada; porque asi como la sombra mientras mas uno huye de ella, mas le sigue, y por el contrario, si vos quereis ir tras la sombra, ella huirá de vos, y mientras mas corriéredes tras ella, mas huirá, que no la podreis alcanzar: asi es la honra y estimacion (1).»

Este medio nos enseñó Cristo nuestro Redentor en el Sagrado Evangelio, declarando el modo para tener los lugares y asientos mas honrosos en los ayuntamientos: «Cuando fuéredes convidado, nos dice (2), no os senteis en el primer lugar, por que porventura estará convidado otro mas honrado que vos, y viniendo, diráos que le dejéis aquel lugar, y entonces ireis bajando hasta el postrero con gran vergüenza y confusion vuestra; sino lo que habeis de hacer es, sentaros en el postrer lugar, para que cuando venga el que os convidó, os haga subir mas arriba, y de esa manera quedareis honrado delante de todos.» Que es lo mismo que el Espíritu Santo habia dicho antes por el Sábío: «No te hagas grave delante del Rey, ni te pongas en el lugar de los grandes, porque mas vale que te digan sube acá, que no que te hagan un desaire en la presencia del Principe (3).» Y concluye la parábola di-

(1) Fugiendo gloriam, gloriam merebatur, quae virtutem, quasi umbra sequitur, et appetitores sui deserens, appetit contemptores. *Hieron.*

(2) Cum invitatus fueris ad nuptias, non discumbas in primo loco, ne forte honoratior te sit invitatus ab illo, et veniens is qui te, et illum vocavit, dicat tibi: da huic locum: et tunc incipias cum rubore novissimum locum tenere; sed cum vocatus fueris, vade, recumbe in novissimo loco, ut cum venerit, qui te invitavit, dicat tibi: amice ascende superius: tunc erit tibi gloria coram simul discumbentibus. *Luc. XIV, 8.*

(3) Ne gloriosus appareas coram Rege, et in loco magnorum ne steteris; melius est enim, ut dicatur tibi, ascende huc, quam ut humilieris coram principe. *Prov. XXV, 6.*

ciendo: "Porque todo aquel que se ensalza, será humillado, y el que se humilla será ensalzado (1)." ¿Veis cómo no solo delante de Dios, sino también delante de los hombres, el humilde que escoge el lugar bajo y despreciado, es tenido y estimado; y por el contrario, el soberbio que desea y pretende el primer lugar y los mejores puestos y mas honrosos, es despreciado y tenido en menos? Esclama San Agustín y dice: «¡Oh humildad santa, cuán desemejante eres á la soberbia! La soberbia, hermanos míos, echó del cielo á Lucifer; pero la humildad hizo que el Hijo de Dios se hiciese hombre. La soberbia echó á Adán del Paraíso, pero la humildad subió allá al ladrón. La soberbia dividió y confundió las lenguas de los gigantes; la humildad juntó en uno las que estaban divididas. La soberbia convirtió en bestia al rey Nabucodonosor; pero la humildad hizo á José señor de Egipto y príncipe del pueblo de Israel. La soberbia anegó á Faraón; pero la humildad levantó y ensalzó á Moisés (2).»

CAPITULO XXII.

Que la humildad es medio para alcanzar la paz interior del alma, y que sin ella nunca la tendremos.

"Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallareis descanso para vuestras almas (3)." Una de las mas prin-

(1) Quia omnis, qui se exaltat, humiliabitur, et qui se humiliat exaltabitur. Luc. XIV, 8.  
 (2) O sancta humilitas, quam dissimilis es superbiae! Ipsa superbia, fratres mei, Luciferum de coelo deiecit; sed humilitas Dei Filium incarnavit: ipsa superbia Adam de Paradiso expulit; sed humilitas latronem in Paradiso introduxit. Superbia gigantum linguas divisit, et confudit; sed humilitas cunctas congregavit dispersas. Superbia Nabuchodonosor in bestiam transmutavit; sed humilitas Joseph principem Israel constituit. Superbia Pharaonem submersit, sed humilitas Moysen exaltavit. August. serm. 12 ad fratres in eremo.  
 (3) Discite a me, quia mitis sum, et humilis corde, et invenientis requiem animabus vestris. Matth. XI, 19.

cipales y eficaces razones que podemos traer para animarnos á despreciar la honra y estimacion del mundo y procurar ser humildes, es la que nos propone Cristo nuestro Redentor en estas palabras, que es ser este medio único para alcanzar la paz y quietud interior del alma: cosa tan deseada de todos los espirituales, y que San Pablo pone por uno de los frutos del Espíritu Santo (1). Para que entendamos mejor la paz y quietud de que goza el humilde, será bien que veamos la inquietud y desasosiego que el soberbio trae en su corazón, porque por un contrario se conoce mejor el otro. Llena está la Sagrada Escritura de sentencias que dicen que los malos no tienen paz (2). No saben qué cosa es tener paz; y aunque parece algunas veces esteriormente que la tienen, no es paz verdadera aquella, porque allá dentro de su corazón tienen guerra, la cual les está haciendo siempre su propia conciencia. Siempre viven en amargura de corazón los malos (3); pero particularmente los soberbios traen consigo grande inquietud y desasosiego. Y la razón particular de esto podemos colegir muy bien de San Agustín, el cual dice que de la soberbia nace luego la envidia, como hija suya legítima, y que nunca está sin compañía de esta mala hija. «Los cuales dos males, soberbia y envidia, dice (4), hacen al demonio demonio.» Pues por aquí se entenderá qué obrarán en el hombre estos dos males, pues bastan para hacer al demonio demonio. El que por

(1) Fructus autem Spiritus pax. Ad Galat. V, 22.  
 (2) Non est pax impiis dicit Dominus. Isai. XLIII, 22.—Pax, pax, et non erat pax. Jerem. VI, 14.—Conditio, et infelicitas in viis eorum, et viam pacis non cognoverunt. Psal. XIII, 3.  
 (3) Ecce in pace amaritudo mea amarissima. Isai. XXXVIII, 17.  
 (4) Quibus duobus malis, hoc est, superbia et invidentia, diabolus diabolus est. Aug. lib. de Sancta Virgin. c. 53.

una parte anda lleno de soberbia, de deseos de honra y estimacion, y ve que no le suceden las cosas conforme á sus trazas; y por otra parte anda juntamente lleno de envidia, porque es hija de la soberbia y que siempre le acompaña, cuando viere á otros tenidos y estimados y preferidos á sí, claro está que ha de andar lleno de hiel y de amargura, y con grande inquietud y desasosiego; porque no hay cosa que mas lastime á un soberbio, ni tanto le llegue al corazón, como una cosa de estas.

La divina Escritura nos pinta esto muy al vivo en aquel soberbio Amán. Era muy privado del rey Assuero sobre todos los príncipes y grandes del reino, y tenía grande abundancia de riquezas y bienes temporales; y así era muy tenido y estimado de todos, que no parecía que tenía acá mas que desear; y con todo eso le daba tanta pena que un solo hombre y bajo, que era aquel Mardoqueo que estaba sentado á las puertas de palacio, no hiciese caso de él, ni le quitase la gorra, ni se levantase, ni moviese de su lugar, cuando él pasaba, que no hacia caso de cuanto tenía, en comparación de la pena y turbacion que en esto sentía. Y así lo confesó él mismo, quejándose de esto á sus amigos y á su muger, declarándoles su prosperidad y pujanza (1). Para que sea vea el desasosiego del soberbio, y las olas y tempestades que se levantan en su corazón. Como la mar, cuando anda brava y alterada, así anda el corazón del malo y soberbio (2). Y fué tanta la rabia que tomó allá en su corazón por esto, que no tuvo en nada poner las manos en aquel particular, sino sabiendo que era juicio de nación, alcanzó patentes y provisio-

(1) Et cum haec omnia habeam, nihil me habere puto, quamdiu videro Mardocheum judaeum sedentem ante fores regias. Esther. V, 13.  
 (2) Impii autem quasi mare fervens, quod quietare non potest. Isai. LVII, 20.

nes del rey Asuero para que muriesen todos los judíos que estaban en su reino, y para Mardoqueo tenía aprestada en su casa una viga muy alta, para ahorcarle de ella, aunque le salió el sueño muy al revés, porque los judíos ejecutaron en sus enemigos la sentencia dada contra ellos; y el mismo Amán fué colgado en la horca que él tenía para ahorcar á Mardoqueo. Y primero le sucedió otra buena mortificación, y fué, que cuando él andaba tratando de su venganza, una mañana, que había madrugado mucho, é ido á palacio para alcanzar licencia del rey para ello, aconteció que aquella noche no había podido dormir el rey, y mandó que le trajesen y leyesen la Historia y Crónica que se escribía de sus tiempos, y como llegasen á lo que había hecho Mardoqueo en servicio del rey, descubriéndole cierta traición que unos criados suyos armaban contra él, preguntó: ¿qué premio y galardón se le dió á ese hombre por ese servicio y fidelidad tan grande? Respondieron: ninguno. Dice el rey: ¿quién está ahí? ¿ha venido alguno á palacio?—Dícele: Amán está aquí fuera.—Pues entre.—Entró Amán, y preguntale: «¿qué será razón hacer con un hombre, á quien el rey desea honrar?»—Amán, pareciéndole que él sería aquel á quien el rey deseaba honrar, respondió: «el hombre á quien desea el rey honrar, ha de ser vestido de las vestiduras reales, y ser puesto en el mismo caballo del rey con la corona real en su cabeza, y uno de los mas principales caballeros de la corte ha de ir delante de él, llevando el caballo del diestro, y pregonando por esas plazas, «asi ha de ser honrado aquel á quien quisiere el rey honrar.»—Dícele el rey: «Pues vé á ese Mardoqueo, que está á las puertas de palacio, y haz con él todo eso que has dicho, y mira que no faltes en un punto.»—Ved el dolor que sentiría aquel triste y soberbio co-

razon; al fin, no pudo hacer menos, sino ejecutarlo al pié de la letra. No parece que se podia imaginar otra mayor mortificacion para él; y luego se le siguió la de ahorcarle en la horca que él tenia á punto para Mardoqueo. Este es el pago que el mundo suele dar á los suyos. Y mirad de dónde le nació la pepita á la gallina, como dicen, de que no le quitaba el otro la gorra, ni se levantaba cuando él pasaba. Una cosilla de estas basta para traer inquietos y desasegados á los soberbios y para que anden siempre lastimados y amargos. Y asi lo vemos el dia de hoy en los del mundo, y tanto mas cuanto en mas alto lugar están. Todos estos puntos son para ellos puntas que punzan y atraviesan el corazon, que no hay lanzada que tanto sientan. Y nunca les falta á los soberbios del mundo algo de esto, por mucho que priven y tengan; y asi traen siempre el corazon mas amargo que una hiel, y andan siempre con una perpétua inquietud y desasosiego. Y lo mismo será acá en la Religion, si uno es soberbio, porque tambien reparará en que no hacen tanto caso de él como de los otros, y en que echaron mano de aquel para tal y tal negocio, y á él dejaron olvidado; y estas cosas y otras semejantes causarán tanta inquietud en él, como en los del mundo sus puntos y pretensiones.

De aquí se entenderá otra cosa que experimentamos muy comunmente, que aunque es verdad que hay enfermedad de melancolía, pero muchas veces el estar uno melancólico y triste, no es humor de melancolía, ni enfermedad corporal, sino humor de soberbia y enfermedad espiritual (1). Estais triste y melancólico, porque estais olvidado y arrinconado y no hacen caso de vos. Estais triste y melancólico, porque

(1) Véase despues el trat. 6, cap. 4.

de donde pensábades salir con honra, no salistes con ella; antes os parece que quedais corrido y afrentado. No os sucedió la cosa como quisiérades, ni os salió el sermón, ni el argumento, ni las conclusiones, como pensábades; antes os parece que perdistes de vuestro crédito y opinion, y por esto quedais triste y melancólico. Y cuando habeis de hacer alguna cosa de estas públicas, el temor de cómo os ha de suceder, y si habeis de ganar honra ó perderla, os trae triste y congojado. Estas son las cosas que traen triste y melancólico al soberbio. Pero el humilde de corazon, que no desea honra y estimacion y se contenta con el lugar bajo, está libre de todas estas congojas y desasosiegos y goza de mucha paz, conforme á las palabras de Cristo, de quien lo tomó aquel Santo (1) que dice: «Si hay paz en la tierra, el humilde de corazon la posee.» Y asi, aunque no hubiera de por medio otro espíritu, ni perfeccion, sino solo nuestro interes, y tener paz y quietud en nuestro corazon, por solo eso habíamos de procurar ser humildes; porque eso es vivir, y es otro es morir viviendo.

San Agustin cuenta (2) á este propósito una cosa de sí, con que dice le dió el Señor á entender la ceguedad y miseria en que entonces andaba. Como yo anduiese, dice, muy ocupado en una oracion que habia de recitar al emperador, diciendo sus loores, de los cuales los mas habian de ser falsos, y yo loado por ello de los que sabian ser tales (para que se vea la vanidad y locura del mundo); pues como yo anduiese con gran cuidado de esto, muy pensativo é imaginativo en cómo me habia de suceder, ardiendo con calentura de consumidores pensamientos, acaeciò que, pasando por una calle de Milan, vi á un pobre mendigo, que

(1) Thomas de Kempis.

(2) August. lib. Confessionum, cap. 6.

De otro género de medios mas eficaz para alcanzar la virtud de la humildad, que es el ejercicio de ella.

despues de haber comido y bebido, jugaba y tomaba placer, y estaba muy alegre y regocijado: lo cual, como yo viese, suspiré, y dije á mis amigos, que alli estaban, muchas lástimas de nuestras locuras, pues que en todos nuestros trabajos, como en los que entonces estábamos ocupados, trayendo á cuestras la carga de nuestra infelicidad, heridos con los agujones de mil codicias, y añadiendo carga á carga, no buscábamos ni procurábamos otra cosa, sino alcanzar una segura alegria, en lo cual nos iba ya adelante aquel pobre á nosotros que por ventura nunca allá llegaríamos; porque lo que él ya habia alcanzado con su poca limosna, eso andaba yo buscando con tantos trabajos y desventuras; quiero decir, la alegria de la felicidad temporal. Es verdad, dice San Agustin, que aquel pobre no tenia la verdadera alegria; mas yo con mis ambiciones, mas falsa la buscaba que aquella; y al fin él se alegraba, y yo andaba triste; él estaba seguro, y yo con miedos y sobresaltos. Y si alguno me preguntara, ¿cuál querria mas, estar alegre ó triste? yo le respondiera que mas quisiera alegrarme; y si me tornara á preguntar, si querria yo mas ser como aquel, ó como yo era, entonces escogiera ser mas el que era, asi lleno de trabajos y malas venturas. ¿Y no tuviera razon, dice? sino, pregunto ¿qué causa habia para ello? no me debiera yo anteponer á aquel pobre, por ser mas sábio que él; porque serlo, no me daba contentamiento, mas con el saber solamente descaba contentar á los hombres, no para enseñarlos, mas solo por agradarlos. Sin duda, dice, era aquel mas bienaventurado que yo, no solamente porque él estaba alegre, y yo con cuidados que me arrancaban las entrañas; mas tambien porque con buenos medios habia alcanzado el vino, y yo mintiendo buscaba gloria vana.

Ya habemos dicho del primer género de medios que se suelen dar para alcanzar la virtud, que es razones y consideraciones asi divinas como humanas. Pero es tanta la inclinacion que tenemos á este vicio de la soberbia, por habérsenos quedado tan arraigado en el corazon aquel deseo de divinidad (1) de nuestros primeros padres, que no bastan cuantas consideraciones hay para que acabemos de perder estos brios y humos de ser tenidos y estimados. Parece que nos acontece en esto como á los que tienen miedo, que por muchas razones que les digais para persuadirles que no hay de qué temer, dicen: «bien veo que todo eso es verdad, y yo querria; pero con todo eso, no puedo acabar conmigo de perder el miedo.» Asi dicen algunos: «bien veo yo que todas esas razones que habeis dicho de la opinion y estima de los hombres, son verdaderas y convencen que todo es un poco de viento y vanidad; pero con todo eso no puedo acabar conmigo de no hacer caso de ello. Yo querria; pero pareceme, que sin querer, no sé cómo me llevan esas cosas tras sí y me inquietan. Pues asi como no bastan razones y consideraciones para quitar el miedo al medroso, sino que juntamente con eso le solemos dar remedio de obras, diciéndole que llegue y toque aquellas que le parecen fantasmas y espantajos, y que se vaya de noche á los lugares oscuros y solos, para que experimente y vea que no hay nada, sino que todo era imaginacion y aprension suya, y de esa manera vaya perdiendo el miedo; asi tambien para acabarlo de perder á la opinion y estimacion del mundo, y no hacer caso de eso,

(1) Eritis sicut Dil. Gen. iii, 5.